



Revista de Fomento Social, XLVII (1992), 223-235

## La transición en Polonia

---

*T. Mazowiecki fue la persona que ocupó el cargo de Primer Ministro del primer gobierno no comunista polaco después de la Segunda Guerra Mundial. Antes, había sido redactor jefe de la revista mensual "Wież" (El Lazo). Desde las últimas elecciones presidenciales de 1990 en las que fue candidato a la Presidencia de la República, dimitió con todo su gobierno y en la actualidad se ocupa de una federación de diferentes grupos políticos.*

*Fue invitado a la reunión del Comité de la Conferencia de los Provinciales Europeos de la Compañía de Jesús, que tuvo lugar en Varsovia el 21 de abril de 1991, y dirigió la palabra a los provinciales jesuitas allí reunidos.*

*Consideramos que este texto -que lleva los rasgos inevitables de la expresión oral- podrá interesar a nuestros lectores por su carácter de testimonio directo e inédito por parte de una personalidad decisiva en la transición polaca (1).*

---

T. MAZOWIECKI (\*)

---

Voy a hacerles el croquis de la situación política polaca para ver con Uds. cómo se ha llegado a la situación actual. Les hablaré también de los aspectos más importantes del papel de la Iglesia.

(1) Agradecemos al Sr. Mazowiecki la autorización para la publicación de este texto. La traducción del polaco al francés estuvo a cargo del Secretariado de la Conferencia de Provinciales Europeos, con sede en Bruselas. La traducción española es de Ildefonso Camacho. Los subtítulos son de la traducción castellana.

(\*) Ex-primer ministro de Polonia.

Como se les ha recordado en mi presentación, fui el Primer Ministro de un gobierno no comunista en Polonia, y en toda la Europa Central. Subrayo esto, no por el papel que desempeñé, sino para insistir en que lo que se estaba llevando a cabo en Polonia en esos momentos era un verdadero punto de arranque. En 1989, cuando la Dieta aceptó mi nombramiento, era difícil prever cómo se iba a desarrollar el destino de Polonia y de los otros países de la Europa Central.

El gobierno que yo formé era un gobierno de coalición, con participación de representantes del antiguo Partido Comunista que había estado en el poder hasta entonces. En manos de ese partido estaba, ante todo, el Ministerio del Interior -responsable de la policía, de la seguridad interior y del ejército- y los Ministerios de Comunicaciones y Transportes. Los otros partidos, que hasta entonces habían desempeñado un papel de satélite y que carecían de autonomía, participaron también en el gobierno, porque de otra manera éste no hubiera sido aceptado por la mayoría parlamentaria.

La mayoría había sido elegida en unas elecciones solamente semi-libres: completamente libres para el Senado, pero semi-libres para la Dieta, que se formó sobre la base de un compromiso político. Este compromiso era complicado, y no se sabía muy bien cuál sería la reacción de los otros gobiernos comunistas y, sobre todo, de la Unión Soviética.

Les recuerdo que en este momento el Presidente de Rumanía, Ceaucescu, había enviado a todos los países comunistas de la Europa Central un memorándum que exigía convocar una reunión para reflexionar sobre una eventual intervención en Polonia con el fin de defender los verdaderos valores socialistas. Puede afirmarse, en honor del Partido comunista polaco, que éste rechazó dicho memorándum, recordando a Ceaucescu que él se había pronunciado contra la intervención en Checoslovaquia y contra toda ingerencia política. Sin duda, dicho memorándum era una acontecimiento "extremo", pero en aquel momento no estaba muy claro cuál iba a ser el comportamiento de los otros países satélites de la Unión Soviética.

En relación con este problema añadiré inmediatamente que el principio que yo había defendido, a la hora de hacer este compromiso, era que el Ministerio de Asuntos Exteriores no debía estar en manos del antiguo Partido, con objeto de mostrar hacia el exterior el papel de las nuevas fuerzas que habían llegado al poder. Pero también esta decisión miraba a la Unión Soviética, a causa del "complejo ruso" ante Polonia: dicho complejo existe, en mi opinión, tanto como el "complejo polaco" ante Rusia, que hace creer que este país mantiene aislada a Polonia del resto de Europa.

Mi intención a este respecto consistía en mostrar (y recuerdo que entonces no se sabía todavía cómo evolucionaría la situación, ni se podía prever que el muro de Berlín caería pronto) a esta potencia nuclear -que era nuestro vecino y con el cual debíamos coexistir ya que la geografía es inmutable- que no le era necesario tener al Partido

Comunista como su único interlocutor en Polonia: que el gobierno soberano e independiente de este país podía colaborar también con sus vecinos en términos de amistad y buena armonía, y que los intereses estratégicos y las reivindicaciones de este gobierno, aunque no fuese comunista, no le iban a plantear ningún tipo de problema. En mi opinión, era importante, para eliminar dudas y temores de esa parte, que el gobierno polaco pudiese llevar una política de amistad en relación con sus vecinos más próximos.

Este principio político, adoptado en esta época y llevado acabo luego de una manera incompleta, comportaba tres elementos:

1. La política interior; el paso constitucional y jurídico de un país totalitario a un país democrático.
2. El programa de reconstrucción económica.
3. La política exterior.

Esta política, que se llevó con el consenso de una gran parte de la sociedad polaca y respetando la opinión exterior, terminó convirtiéndose en el mayor reproche hecho contra mi gobierno y contra mí mismo, porque se veía en ella una especie de protección de la antigua "nomenklatura" comunista. Pero, en mi opinión, era el único camino posible para abordar los cambios hacia adelante que eran necesarios. Su objeto no era proteger a la antigua "nomenklatura", sino proteger al país de las disensiones internas y de juicios exteriores que pudieran tener consecuencias dramáticas.

### **La política interior**

Comenzamos a hacer cambios progresivos en todos los dominios, apoyándonos sobre todo, como ya he dicho, en la legalidad, a fin de hacer del país un verdadero Estado de Derecho. En algunos campos conseguimos los objetivos; en otros fracasamos.

Las primeras reformas emprendidas tenían como objeto las cooperativas. Estas, en el sistema comunista totalitario, no eran más que pseudo-cooperativas con centrales burocráticas que se convertían en una pesada carga cuya existencia hacía imposible la vuelta en Polonia a las auténticas cooperativas.

A pesar de los obstáculos de todo tipo provenientes de la antigua "nomenklatura", se promulgó un decreto que desmontaba las antiguas centrales y daba a las bases la oportunidad de elegir a nuevas personalidades. Consumada la primera fase de la tarea, la segunda no se llevó a cabo, porque la gente del campo estaba habituada al sistema existente y los delegados campesinos, que no valoraron el cambio, no actuaron para impulsar a las bases a que fuesen ellas las que eligiesen nuevas personalidades y las que llevaran a término esta reforma hacia unas auténticas cooperativas.

Es un ejemplo, pero hay otros muchos parecidos. Explica bien los problemas con

que tropezamos.

El país estaba sufriendo una profunda evolución. El gobierno gozó, durante las tres cuartas partes de su mandato, de una gran confianza. El porcentaje de esta confianza llegó a alcanzar el 80% de la población. Pero al mismo tiempo faltaba en las bases ese afán de apertura, necesario para que el país cambiara de forma orgánica y para que la sociedad se movilizara y fuera ella misma la que demandara sus leyes.

No voy a analizar en detalle este cambio político de carácter estructural. Basta dejar constancia de que abarcó todos los campos. Entre otras cosas supuso una reforma en profundidad del Ministerio del Interior, que tenía que despojar a la policía de su carácter de instrumento de represión política para darle el papel que le corresponde en un país democrático. Esta política de cambio alcanzó también al campo de la justicia, al papel de los jueces, al control de éstos. Inmediatamente se inició la reforma de la enseñanza superior. Nació una voluntad de verdad total en la enseñanza de la historia. Reformas parecidas se emprendieron en otras facultades.

Se comenzaron, pues, reformas profundas en todos esos dominios.

#### **La reconstrucción económica**

El segundo punto importante que no conviene perder de vista es que habíamos recibido en herencia la libertad, sí, pero en un estado crítico de inflación que aumentaba constantemente, y los anaqueles de los grandes almacenes vacíos. Al final de 1989 la tasa de inflación llegó a ser del 30% mensual. El problema clave de toda la situación a la que nos enfrentábamos era cómo transformar, con tales tasas de inflación, una economía centralizada en una economía de mercado.

Se nos planteaba una cuestión: ¿debíamos buscar una especie de tercera vía entre el sistema comunista y el sistema capitalista?

Se trataba ante todo de adoptar el principio de la evolución: es decir, aceptar el paso de la etapa de "Solidaridad", ese gran movimiento de resistencia pacífica que había llegado a hacer una gran revolución, hacia a un proceso de cambio que tuviese en cuenta que en el país había dos millones y medio de comunistas, sin contar los miembros de sus familias. Este principio de evolución tenía por objeto evitar un enfrentamiento interior, fuese abierto o encubierto.

En una intervención mía en la Dieta, habiendo sido atacado en relación con este principio, dije que debíamos borrar el pasado de una vez y asumir nuestras responsabilidades sobre lo que había que hacer en el futuro. Dije que era necesario que este país pudiese dar una oportunidad a todos.

Esto no significaba que no se sintiera, sobre todo en el plano económico, la herencia comunista, tan pesada de llevar. En el momento en que se constituyó mi gobierno podía percibirse bien hasta qué punto era gravosa esa herencia. Pero era necesario -lo

repito- dar una oportunidad a todos y no contentarse con hacer una caza de brujas. Por otra parte, también necesitábamos un cambio de personal en los cuadros a todos los niveles: no solamente dando entrada a los ciudadanos que formaban los nuevos grupos políticos, sino procurando que la gente del antiguo régimen tuviera también su puesto en el sistema democrático, salvo aquéllos que hubieran cometido actos reprobables o se hubieran enriquecido de manera ilegal.

Subrayo este principio de la evolución porque era importante en el escenario político polaco, tan diferente del sistema capitalista, en el momento en que comenzamos, y en el que debíamos o bien intentar una experiencia específicamente nuestra, o bien decidimos por la vía de la economía de mercado, pura y simple, tal como era conocida en tantos sitios.

Personalmente yo prefiero hablar de economía de mercado, porque creo que las nociones de socialismo y de capitalismo tienen siempre una connotación ideológica, mientras que economía de mercado es una noción más objetiva.

Nos decidimos, no a hacer experiencias nuevas en un país en que tantas se habían hecho ya. Preferimos seguir la dirección de la economía de mercado, apoyándonos en los muchos ejemplos ya comprobados.

Al mismo tiempo era necesario hacer frente a la situación de inflación y a la realidad de los anaqueles vacíos.

No nos arredramos ante un programa drástico de estabilización de la economía, que pretendía ante todo la lucha contra la inflación: consistía en limitar la salida de dinero, multiplicando además las medidas impositivas sobre aquellas empresas que no respetasen la congelación de salarios, con la que se pretendía no acelerar la inflación. Creo poder afirmar que este proceso de frenar la inflación triunfó, porque al final de 1989 ésta alcanzaba el 30% mensual, mientras que en 1990 había descendido al 6 o 7%. No era todavía la situación pretendida, pero era un cambio radical importante.

La segunda componente de este cambio consistió en que los grandes almacenes volvieron a estar llenos y, por consiguiente, se podía comprar. El problema no radicaba ya en la falta de mercancía, sino en la posibilidad de adquirirlas, dado el nivel todavía tan bajo de los salarios. Ya se podía comprar de todo, pero con tal de tener recursos para ello.

El programa económico sigue siendo difícil y debe tener como principio que hay que llegar con toda audacia a un grado de privaciones, al que no ha llegado hasta ahora ningún otro país europeo.

Había que tener en cuenta también que las empresas del Estado, aunque disminuirían de volumen, mantendrían una fuerte participación en la vida económica. Este era un problema importante, difícil de resolver, y hasta hoy irresuelto, al que debería enfrentarse el nuevo gobierno. Estas empresas habían mostrado, por una parte, una gran capacidad de subsistencia: por eso no habían llegado a la quiebra. Pero, al mismo

tiempo, les había faltado capacidad para entrar en la vía de la economía de mercado, lo que había provocado una caída muy fuerte de su rentabilidad. Y nos encontramos en un estado de recesión económica muy superior al previsto. Actualmente, uno de los mayores problemas de la reforma económica polaca consiste en saber cómo hacer entrar a estas empresas estatales en una economía de mercado, habida cuenta que dichas empresas van a representar durante bastante tiempo un peso considerable en la economía del país. ¿Cómo lograr que se orienten hacia mecanismos de rentabilidad y hacia una mayor calidad de sus productos, que no se ahoguen en la burocracia, y que su nuevo funcionamiento no arrastre una disminución del empleo? ¿De qué forma superar todos estos problemas?

Abordo a continuación el problema del paro, recientemente aparecido en Polonia, y que era desconocido desde hace unos cuarenta años. De hecho estaba resuelto artificialmente. La economía comunista garantizaba un empleo total. Pero era en realidad un paro encubierto, y una de las causas de la falta de productividad de la economía era la falta de competitividad en el trabajo. A pesar de todo, no alcanzamos los niveles de paro de Europa Occidental.

Pero la aparición de este fenómeno, por primera vez después de cuarenta años, es un factor social relevante. Y alcanza niveles peligrosos en determinados sectores donde llega a cotas muy elevadas. Amenaza, sobre todo, a ciertas ciudades y regiones de la Baja Silesia: por ejemplo, en Walbrzych, donde hay minas que debieron haber sido cerradas hace mucho tiempo y donde está en juego la supervivencia de toda la ciudad. Tenemos el mismo problema en las regiones de industrias textiles.

A pesar de esto, puede afirmarse que el programa de estabilización triunfó. Sin embargo, la recesión no ha llegado a ser yugulada. Esto exigirá tiempo, y supondrá quizás efectuar algunas correcciones en el programa económico en vigor.

### La política exterior

El tercer punto que querría abordar es la política exterior. Ya he dicho algo, al hablar de la Unión Soviética, pero debo añadir que la línea general del gobierno que yo dirigí consistía en llevar una política de apertura en relación con todos nuestros vecinos y en resituarse en Europa, pero sin entrar en competencia con los otros países poscomunistas a la hora de una más amplia integración en la Europa Occidental.

Hoy ha quedado ya superada la división política e ideológica de Europa, pero aún no ha caído el muro entre la Europa pobre y la Europa rica. Puedo decirles que cuando yo era Primer Ministro, muchas veces, con ocasión de mis encuentros con otros dirigentes europeos, me sentía en la obligación de mostrar mi reconocimiento por la ayuda que se estaba prestando a mi país. Pero, al tiempo que me sentía agradecido, me convencía de que esta ayuda no era suficiente para acabar con esa barrera entre las dos

Europas, ni estaba a la altura de los acontecimientos que habían tenido lugar en Europa Central. Y esto puede acarrear consecuencias penosas y hacer resurgir antiguos antagonismos, como ya se está viendo en Yugoslavia. Algo parecido puede ocurrir en otros países.

Sobre este trasfondo, me parece que Polonia puede desempeñar un papel importante de estabilización en este nuevo orden europeo. Podría ayudar a los países de la Europa Oriental a incorporarse de forma estable a una Europa unida y ampliada. Pero la condición para ello es que Polonia lleve a cabo una política de apertura y sea un país estable. Esto implica, naturalmente, ir haciendo poco a poco una enormidad de cosas.

Existía además el problema muy grave derivado de la reunificación de Alemania. Era muy importante para nosotros aclarar todo el contencioso relativo a nuestra frontera occidental. Esto lo hemos logrado y ya está firmado el tratado que regula esta cuestión.

Otro asunto importante: que el ejército ruso abandonase nuestro territorio. También lo hemos hecho, pero sin darle mucha publicidad, al contrario que Hungría y Checoslovaquia, precisamente porque sabíamos que constituíamos para los rusos un problema psicológico diferente que los demás. En este caso lo importante no era la publicidad; lo decisivo era lograr poner término a esta situación.

Quedaba también pendiente el tema de la política a llevar con nuestros vecinos del sur. Existían a este respecto algunas expectativas demasiado ambiciosas. Recuerdo, por ejemplo, un artículo del Profesor Brzezinski, que hablaba de la posibilidad de una federación de Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Nosotros nos daríamos más que por contentos si entre estos tres países hubiese una franca colaboración en su acercamiento a Europa Occidental. Pero hablar de federación era verdaderamente prematuro, ya que esos dos países se creían más avanzados que Polonia en sus posibilidades de integración económica con Europa Occidental.

Esta política exterior, apoyada sobre la apertura y la reinserción en Europa -un término impropio, ya que nosotros siempre hemos formado parte de Europa: habría que hablar mejor de reconstituir la Gran Europa- descansa también sobre un buen entendimiento con los Estados Unidos y sobre un hecho que nunca se debe olvidar: que la Unión Soviética siempre será nuestro vecino.

#### **Las expectativas y el apoyo del pueblo**

La política realizada sobre estas bases me parece que ha llevado a buenos resultados, aunque se trata de un proceso todavía en marcha.

Como ya he dicho, la política llevada a cabo por mi gobierno en estos diferentes campos ha encontrado la adhesión de la tres cuartas partes de la población. Ha sido aceptada hasta extremos que ni yo mismo esperaba en el momento en que asumí las

funciones de Primer Ministro. Este apoyo espontáneo era inesperado en unos momentos tan difíciles, en los que había que hacer frente a problemas tan graves y era previsible que se produjeran ciertas tensiones sociales. Solamente después de las elecciones de 1989 ha ido disminuyendo progresivamente este apoyo.

Si el nivel que alcanzó este apoyo había superado mis esperanzas iniciales, el ritmo a que decayó también me sorprendió. Lo ideal hubiera sido que, mientras esta curva descendía, los primeros resultados económicos hubieran marcado una curva ascendente. Pero la ruptura se produjo más pronto de lo previsto y antes de que se pudiesen alcanzar los resultados esperados.

Esto ocurrió, en parte también, como consecuencia del reproche que se me había hecho de no haber excluido a la antigua "nomenklatura" y de no haber impulsado cambios suficientemente rápidos. Este reproche cayó sobre un terreno social dispuesto a escucharlo, al que me refería antes cuando hablé del fracaso de la reforma de las cooperativas. Otros elementos se añadieron, como el hecho de que los cambios no fueron percibidos en los pueblos y en las aldeas, a pesar de acontecimientos importantes, como fueron las elecciones locales.

En todos los países se vota menos en las elecciones municipales y locales que en las parlamentarias. Es cierto que, en un país donde estas asambleas locales renacían por fin, cabía esperar un interés mayor. Pero fue insuficiente. Además en todos los pueblos pequeños existían acuerdos informales. Muchos vivieron como una injusticia el que los hijos de los que se habían aprovechado del régimen precedente se encontraran ahora presentes en estas asambleas.

¿Cómo restablecer la justicia en tal contexto? Porque, de no querer llegar a una revolución sangrienta, estos son problemas difíciles de resolver. Si no, se comienza siempre a actuar en nombre de la justicia y se acaba en otras injusticias.

Subrayo todo esto porque la opinión pública estaba predispuesta a escuchar el slogan demagógico de "la aceleración" o aquel otro de "guerra en la cumbre para arreglar los problemas de la base". Este planteamiento es el que ha provocado la división de aquella gran coalición reformista que era *Solidarnosc*, donde todos estaban unidos contra el comunismo. La división fue inevitable, porque nosotros no podíamos aceptar ese camino, donde sólo se ofrecen espejismos. Aceptarlo, además, sólo hubiera conducido a alejarse de los métodos democráticos.

Sobre este fondo político ha surgido en Polonia un fenómeno nuevo: el de Stanislas Tyminski, un desconocido venido de Canadá y que ha hecho amplio uso de la demagogia. Hoy el Sr. Tyminski y su partido ya han desaparecido, lo que no deja de ser importante. Pero interesa también saber por qué le votó tanta gente.

Para responder a esta pregunta hace falta una reflexión profunda sobre las motivaciones de la gente. Entre los hechos que han provocado un éxito tal deben contarse: la división de *Solidarnosc*, el miedo a las consecuencias de la destrucción de las



antiguas alianzas, la incertidumbre sobre posibles nuevas alianzas, y sobre todo la enorme impaciencia por el éxito en lo económico y la desconcertante facilidad para imaginarse que basta con irse al extranjero y funcionar en un sistema capitalista para hacerse millonario. Es una mezcla de impaciencia justificada, de gran ingenuidad y de simplismo en la percepción de la realidad.

Yo no creo que se pueda ignorar la opinión del electorado, pero es preciso buscar argumentos de comprensión mutua y tener en cuenta sobre todo la opinión de los jóvenes, que forman una buena parte de este electorado; y no sólo la de los jóvenes de los institutos y la de los estudiantes en general, sino también la de la juventud obrera y campesina, y la de los que proceden de las clases trabajadoras que tienen un peso importante en el porvenir de la nación.

No quisiera detenerme más en el análisis de los elementos de la campaña presidencial, en la que yo era parte implicada, porque se me podría acusar en seguida de subjetivismo. Sólo indicaré que lo importante para mí era que no se destruyese aquel acuerdo y aquella comprensión mutua que habían existido antes.

La gran pregunta en este momento es si será posible la reconstrucción de ese acuerdo básico y quién va a ser capaz de hacerlo.

El partido político que yo estoy organizando ahora tiene como meta esa reconstrucción, porque creemos que no es posible conducir al país por el difícil camino que le espera sin un consenso social mínimo.

Al mismo tiempo somos conscientes que este entendimiento no se puede hacer ya sobre las mismas bases que se hizo en 1989, es decir, sobre la pura espontaneidad; pero puede renacer en el marco de las nuevas estructuras políticas.

Es muy difícil saber cómo llegar a ello. Las estructuras políticas en Polonia son todavía muy débiles. Subsiste una aversión instintiva hacia el término "partido", aunque en no pocos círculos ya se va superando y se comienza a pensar que el partido es un medio normal de un sistema democrático, y no tiene por qué ser equivalente a totalitarismo. A pesar de todo, son más numerosas las declaraciones de simpatía hacia un partido que las inscripciones como miembros de él, porque esto implica ya un verdadero compromiso.

Sin embargo, existen muchos partidos. Puede, por consiguiente, preverse que el futuro Parlamento estará muy diversificado y que la formación de un gobierno estable no será tarea fácil. La creación de coaliciones políticas más relevantes será empresa larga y difícil.

Por otra parte, el tipo de instituciones más propio de la época de lucha contra el sistema totalitario -como era el caso de *Solidarnosc* (que no era solamente un sindicato, sino un verdadero partido político) o instituciones como el Comité de Ciudadanos, que intervinieron incluso en las elecciones de 1989- atraviesan por una crisis en cuanto a su función y encuentran serias dificultades para integrarse en una

sociedad nueva.

Resumiendo, tenemos una multiplicidad de pequeños partidos en general poco desarrollados, junto a instituciones que están en crisis: a todo ello se une la aparición de ese fenómeno de impaciencia que se traduce en irracionalismo político. Tampoco se pueden despreciar las fuerzas que subsisten del comunismo: su candidato a la presidencia obtuvo el 10% de los votos. Podría incluso producirse una alianza entre estos y los que viven bajo los efectos de la impaciencia. A veces se menosprecia este peligro: y, sin embargo, no puede negarse la existencia de tal problema. Personalmente, no creo en el retorno del comunismo a Polonia o a Europa Central, pero hay políticos que piensan que esta perspectiva es posible.

Hay que contar también con el problema de la pertenencia a un bloque militar o a otro.

He ahí, a grandes trazos, cómo puede describirse la escena política en Polonia.

### **El papel de la Iglesia**

Y quisiera referirme ahora a las relaciones con la Iglesia. Creo que sobre esta cuestión debo hablar, ante una asamblea como ésta, con toda sinceridad: hacerlo de otro modo carecería de sentido.

No voy a insistir en el papel de la Iglesia en el proceso de abolición del sistema totalitario, porque es ya conocido. No es necesario que les diga que dicho papel consistió esencialmente en la salvaguarda de los valores, porque de eso somos todos aquí más que conscientes.

En el difícil período de construcción de un sistema nuevo, que ha sido el del gobierno que yo he presidido, la Iglesia, y sobre todo la jerarquía, ha demostrado que seguía siendo un factor importante de estabilización de la situación política. Algo muy decisivo durante todo el tiempo que yo he estado en el poder es que el gobierno no ha tenido que hacer frente a reivindicaciones o exigencias de parte de la Iglesia. En efecto, ella era muy consciente que la situación del país era grave: que no era el momento de resolver sus propios problemas, que era importante para ella mantenerse como factor de estabilización en el país, para que los que quisiesen hacer avanzar a Polonia por una vía nueva pudiesen contar con ella. Esto fue para mí un elemento decisivo.

Pero después de este período han aparecido dos problemas.

El primero ha sido el de hacer volver la religión a la escuela. Reconozco sinceramente que me quedé sorprendido al ver surgir esta reivindicación, porque hasta ese momento no había aparecido. Obedecía a una decisión de la conferencia episcopal. Yo comprendía perfectamente esta exigencia y estaba de acuerdo con ella, a condición de que se dejase a cada uno la libre elección y de que la Iglesia cuidase de que los

catequistas no despertasen viejos antagonismos en el seno de la escuela.

Me acuerdo de mi propia época escolar. En aquellos tiempos había cursos de religión católica, pero los alumnos judíos seguían los cursos de la suya, y no había ningún problema en la escuela. Y cuando los había, venían del exterior. Por eso era importante que ahora no entrasen en el medio escolar problemas exteriores a la escuela. En las discusiones, cuando se me critica y ataca porque yo volví a introducir la religión en la escuela, siempre defiende este punto de vista. Había sido preciso decidir algo antes del comienzo del curso escolar para evitar así que los conflictos pasasen del exterior a la escuela.

El segundo problema, muy espinoso y difícil, ha pesado mucho sobre toda la situación política. Fue el proyecto de decreto sobre el aborto.

No creo necesario aquí, como católico, recordar mi convicción de que la vida humana debe ser respetada desde su concepción. Pero quiero insistir en la complejidad política de este problema y en su incidencia sobre la situación política existente en Polonia. Es un problema que polariza las pasiones y afecta intensamente a una sociedad que no está todavía políticamente estructurada, donde además jugar la carta de la demagogia tiene el éxito asegurado a causa de las dificultades sociales y económicas del momento.

En nuestro país, los partidarios de la prohibición del aborto son considerados sujetos incapaces de aceptar la discusión: esta gente piensa que la mera discusión de este problema es ya un síntoma de anti-clericalismo, y clasifica a las personas a priori según sea su actitud ante el aborto.

Voy a citarles dos frases que he oído a propósito de estos problemas y que me parecen muy tristes.

Después de una reunión, se me acercó uno y me dijo: “Señor, ¿cuándo va a salir *Solidarnosc* de las empresas?”. Todo el que conoce la situación de Polonia comprende en seguida a qué hace alusión esta frase: en 1981, *Solidarnosc* había insistido en que “salga el Partido Comunista de las empresas”. Si hoy encuentra uno voces cargadas de decepción, es porque *Solidarnosc* retoma la actitud de los antiguos comités del Partido e intentan que todo dependa de él.

La segunda frase que quería recordar fue pronunciada por gente joven: “Antes, la Iglesia era para nosotros un espacio de libertad; hoy sentimos una falta de libertad en su seno, porque tenemos miedo de expresar en ella abiertamente nuestras dudas y nuestras ideas. Inmediatamente se nos tomaría por herejes”. Es muy grave que los jóvenes piensen así.

Durante los últimos meses he tenido numerosos encuentros en una veintena de ciudades polacas, y no hay ni una de ellas en la que no haya escuchado esta pregunta: “¿Qué piensa Ud. de la clericalización de la vida política?”.

Muy frecuentemente hablo con el obispo de cada lugar. Pues bien, todos, exceptuan-

do al de una ciudad cuyo nombre callaré, me responden con cierta distancia que esas son cuestiones que se ponen artificialmente en boca de los jóvenes. Ahora bien, yo estoy convencido de que son interrogantes auténticos que se plantean los jóvenes, y que sería deplorable que estas dudas fuesen tomadas como algo inspirado por los enemigos de la Iglesia, por los comunistas, sin reconocer en ellas la voz real de la juventud.

Es indudable que actualmente la Iglesia debe definir su posición frente a dos problemas: su lugar en un país democrático; pero, sobre todo, su lugar en un país donde su papel ha sido enorme.

Este clericalismo político no procede del funcionamiento de la jerarquía de la Iglesia, sino más frecuentemente de la actitud de políticos laicos que rivalizan entre ellos. Para fundar esta convicción aduciré dos ejemplos.

Primer ejemplo. Se decidió una peregrinación de voivodas (gobernadores de provincia) a Czestochova. Nadie, a excepción de uno, tuvo valor para negarse. Este último dijo que él iría a Jasna Gora, pero no en coche de la voivodía. Si se mezclan las actitudes religiosas con las estructuras del Estado, ¿por qué no esperar, tras las peregrinaciones de los voivodas, las de los ministros? Cada uno puede peregrinar a la Virgen Negra si lo desea, pero no en cuanto representante de su cargo.

El segundo ejemplo se produjo cuando yo estaba en una ciudad donde se ha puesto a mi partido la etiqueta de "izquierda laica". El cura de este lugar, desde su cátedra de la verdad, anunció que el líder de la "izquierda laica" venía a hacer una visita. Si el cura dice esto a sus feligreses, estoy seguro que tal etiqueta la mantendré colgada por mucho que vaya a Misa y cumpla con todos mis deberes religiosos.

Cuento esto a título de ejemplo. Existen otros muchos problemas. Mencionaré sólo uno: el del antisemitismo, que parece resurgir de alguna manera entre el clero. Me invitaron a una asamblea de todos los seminaristas en Poznan. Manifesté allí mi mayor respeto por la carta del episcopado polaco sobre el judaísmo. Pero añadí que faltaba una frase sobre el antisemitismo en el clero. Fui muy aplaudido. Pero no sé si esos aplausos respondían a espíritu de insubordinación o a verdadera convicción. Yo, ciertamente, los recibí con agrado.

He pasado revista a algunos de los problemas que existen en la iglesia polaca. Pero quedan todavía dos cosas -ya lo he dicho- que son primordiales.

La primera es el lugar de la Iglesia en un país democrático. Por tradición, la Iglesia constituye para el pueblo polaco el símbolo de la lucha por la independencia y de la defensa del alma polaca frente a países extranjeros y estados opresores. ¿Cómo puede situarse esta iglesia en un país que marcha hacia la democracia? Esta iglesia dejará sentir, sin duda, su peso sobre esta nueva democracia. ¿Se empeñará en proteger las ideas cristianas en la vida pública, acordándose de aquella autonomía de que gozó en otros tiempos? Es una cuestión muy importante para el futuro de la democracia en este

país, ya que, si no se resuelve, ni la democracia llegará a ser abierta ni la Iglesia tampoco.

El segundo problema es muy complejo porque se trata de lo que atañe al comportamiento de cada uno. De hecho están surgiendo ciertas dificultades como consecuencia de la desaparición de fronteras y de la demolición del telón de acero. Los comportamientos cambian, y se plantea una cuestión: ¿en qué medida será la Iglesia capaz de insistir en la educación de la población para la democracia? ¿en qué medida aceptará ella misma someterse a las leyes del Estado cuando se trata de temas morales? ¿en qué va a poner ella el acento?

Estos problemas son muy delicados, soy consciente de ello. Creo firmemente que, en el desarrollo futuro de la historia, Polonia se abrirá a la democracia y la iglesia polaca también. Pero el gran problema es buscar el término medio.